

# EL ROBO *del* FUEGO

## Leyenda wichí

Versión de Miguel Ángel Palermo

Ilustrado por Lorena Leonhardt

HISTORIAS X LEER





EL  
TUCUTUCU



EL  
JAGUAR



EL  
FUEGO



EL  
CONEJO

ESTE LIBRO PERTENECE A:



**Presidente**

Dr. Alberto Fernández

**Vicepresidenta**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

**Jefe de Gabinete de Ministros**

Ing. Agustín Rossi

**Ministro de Educación**

Lic. Jaime Perczyk

**Unidad Gabinete de Asesores**

Prof. Daniel José Pico

**Secretaria de Educación**

Dra. Silvina Gvirtz

**Subsecretario de Gestión Educativa y Calidad**

Lic. Mauro Di María

**Subsecretario de Educación Social y Cultural**

Lic. Alejandro Horacio Garay

**Directora Nacional de Educación Primaria:** Mg. Cinthia Kuperman  
**Seguimiento editorial:** Noelia Forestiere, Pablo Clementoni, Gabriel Szklar  
**Directora Nacional de Inclusión y Extensión Educativa:** Pilar Piccinini  
**Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas:** Natalia Porta López  
**Gestión de derechos:** Verónica Varela. **Asistencia editorial:** María Aranguren  
**Coordinación de Materiales Educativos**  
**Coordinadora general:** Alicia Serrano. **Coordinador editorial:** Gonzalo Blanco.  
**Edición:** Alcira Bas, Gabriela Nieri, Martín Glatzman, Paola Iturrioz.  
**Diseño y diagramación:** Elizabeth Sánchez, Mario Pesci, Paula Salvatierra.  
**Colaboración:** Fabián Ledesma.

© Lo que cuentan los Wichis. Sudamericana Infantil y Juvenil, 1999  
© Penguin Random House  
Ilustraciones de Lorena Leonhardt

Palermo, Miguel Ángel  
El robo del fuego / adaptado por Miguel Ángel Palermo; ilustrado por Lorena Solange Leonhardt. -  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación, 2023.  
32 p.: il.; 28 x 20 cm. - (Historias x leer)  
ISBN 978-950-00-1732-9  
1. Literatura Argentina. 2. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Palermo, Miguel Ángel, adapt. II.  
Leonhardt, Lorena Solange, ilus.  
CDD 808.899282

2023, Ministerio de Educación de la Nación, Pizzurno 935, CABA, República Argentina  
Material de distribución gratuita, prohibida su venta.

**El robo del fuego**  
**Leyenda wichí**  
Versión de Miguel Ángel Palermo  
Ilustrado por Lorena Leonhardt



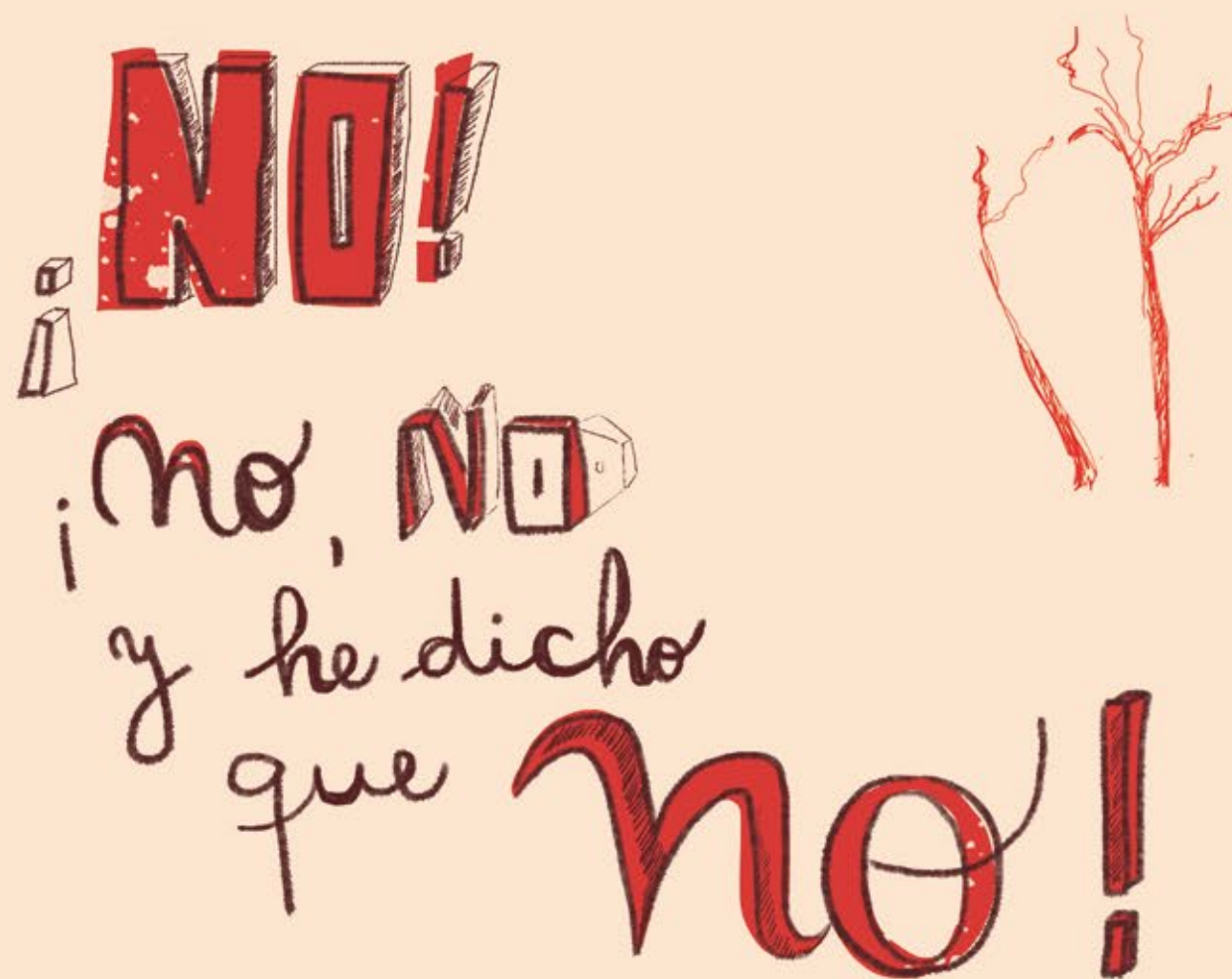


En los tiempos antiguos, después del gran incendio que quemó la Tierra, los árboles volvieron a crecer y todo estuvo de nuevo más o menos como antes. Todo menos una cosa: con Jualá (el Sol) tan enojado, ahora ya no había quien cocinara para la gente —en esa época, puros animales—. Y después de tantas llamas nadie tenía el más mísero fueguito.



En realidad, nadie no, porque el Jaguar —¡vaya uno a saber cómo!— había conseguido hacer un buen fogón, que mantenía siempre encendido. Pero que el Jaguar tuviera fuego era lo mismo que nada, porque era tan bravo como mezquino, y habían sido inútiles todos los ruegos que le habían hecho.

—¡No! —contestaba siempre que le pedían aunque fuera una sola brasita, nada más que una llamita.

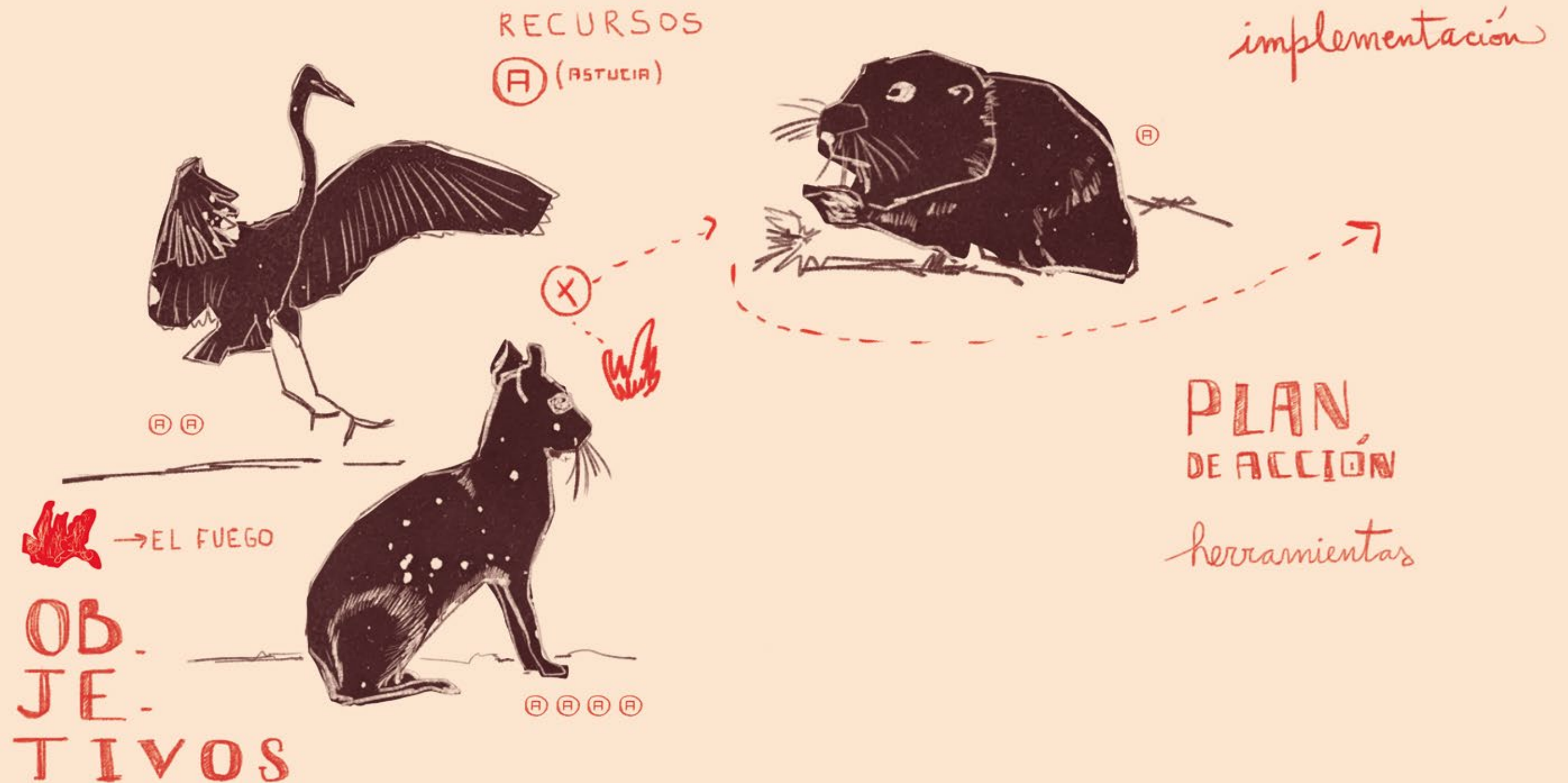


Él quería seguir siendo el único en comer comida cocida y en alumbrarse de noche. Y los que habían ido como delegados de los demás animales, si habían sido muy insistentes se habían tenido que volver corriendo —o volando, según los casos—: un bramido de esos que ponen los pelos de punta venía como respuesta si lo impacientaban, y algunos más porfiados habían estado a punto de que les diera un zarpazo.



Cuando vieron que era inútil pedirle, los animales decidieron sacarle fuego aunque no quisiera: “El que no quiere compartir —decían— no merece que lo respeten”.

Pero como no había ninguno más fuerte que el Jaguar, tenía que ser cosa de astucia. Y tenía que ser mucha astucia porque el Jaguar, además de no ser ningún zonzo, estaba siempre vigilando.





El primero en probar fue un bicho que en el Chaco llaman Oculito (porque se pasa el día escondido en su cueva) y que en otras partes de la Argentina se llama Tucu-tucu (porque justamente hace un ruidito como “tucu-tucu” bajo la tierra). El Oculito pensó un plan bastante interesante: haría un túnel bien largo, que empezara donde el Jaguar no lo viera y acabara al lado del fogón. Allí se asomaría despacio, sacaría una brasa, taparía el agujero y se volvería enseguida. El plan era bueno, pero a último momento falló, como a veces pasa con tantos planes muy bien pensados.

Es que, demasiado confiado, el Oculito hizo su famoso ruido —“tucu-tucu”— dentro del túnel y el Jaguar, que tiene muy buen oído, lo sintió. Sonrió, escuchó bien para calcular por dónde iba a aparecer el ladrón, y se sentó a esperarlo.



Apenas se empezó a remover la tierra en el lugar por donde el Oculito se iba a asomar, el Jaguar preparó la garra. Y cuando salió la cabecita, ¡zas!, le pegó un golpe tremendo. Tan fuerte fue, que desde entonces al Oculito le quedó el hocico achatado, y así son todos los oculitos hoy. Dolorido y para colmo oyendo las carcajadas del Jaguar, el pobre se volvió por donde había venido y ya no volvió a insistir.

Cuando lo vieron volver en ese estado y con las manos vacías, los demás animales se desilusionaron bastante, pero entonces se presentó otro voluntario: el Conejo.

No era un conejo casero de esos blancos, lanosos y orejudos, sino un conejo chaqueño, del monte, de esos marrones y de orejas cortitas.



CONEJO  
DE LOS PALOS

o MARA  
del CHACO

→ Roedor  
grande



El Conejo pensó que tratar de llegar al fuego sin que el Jaguar se enterara era imposible: el grandote tenía tan buena vista, tan excelente olfato y un oído tan fino, que siempre se iba a dar cuenta. Y esperar a que se durmiera era perder el tiempo, no porque no se acostara a dormir —en realidad hacía unas siestas larguísimas—, sino porque tenía el sueño más liviano que una pluma: el rumor más chiquito lo despertaba. Y era mejor no seguir haciendo pruebas raras, porque si el Oculito había terminado con el hocico aplastado, otro podía acabar despachurrado o dentro de la panza del Jaguar.



fuego



Así que la cuestión era acercarse abiertamente con algún pretexto. Después, con otra excusa, quedarse un rato junto al fuego hasta que el manchado se distrajera, y en ese descuido sacarle una brasa y correr, correr desesperadamente para dejar atrás al Jaguar.



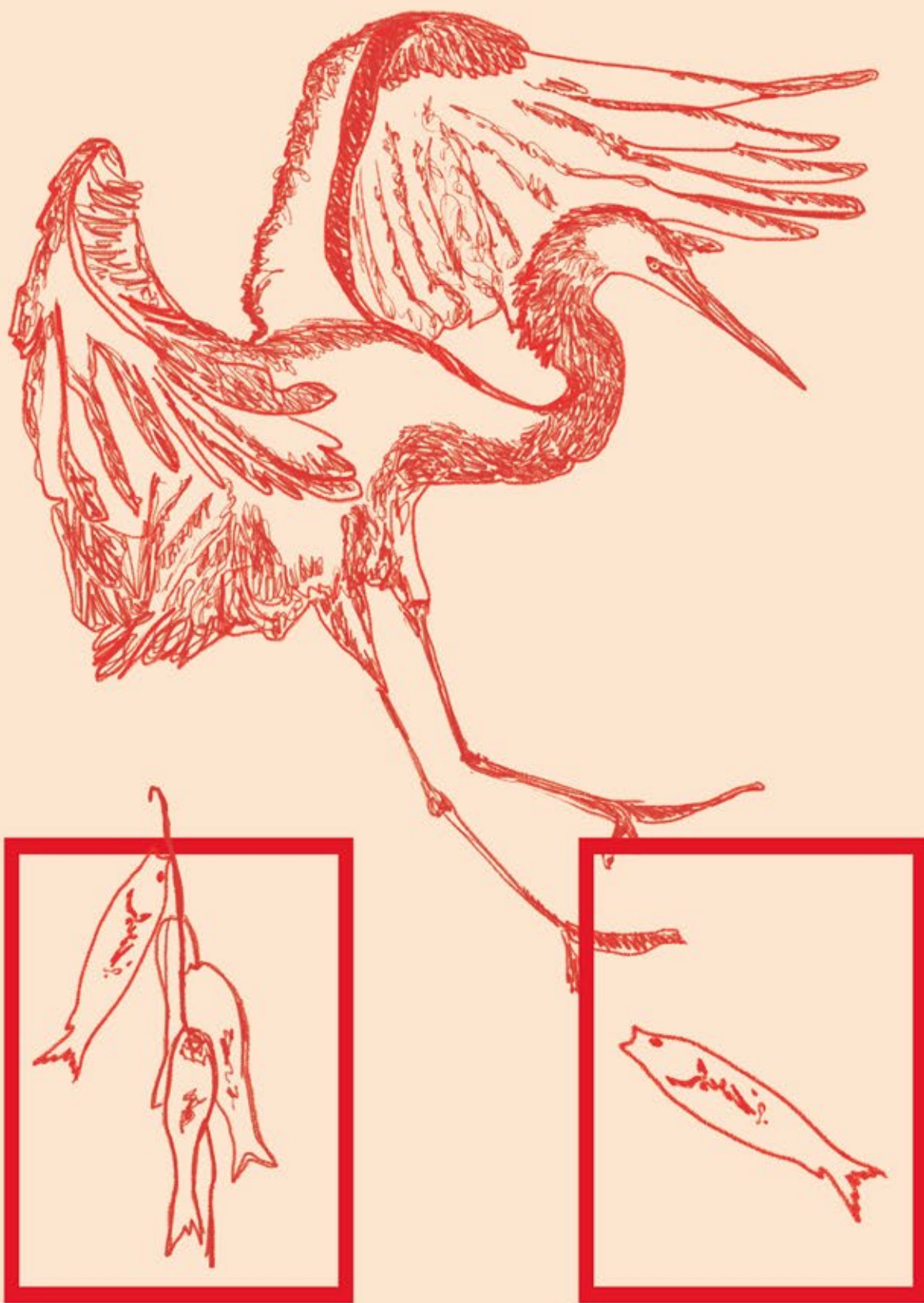
OÍDO  
*muy fino*

VISTA  
*Buena*

Olfato  
*excelente*

sueño  
LIVIANO





El problema del Conejo era encontrar un buen pretexto.

¿“Pasaba por acá cerca y quise venir a saludarlo”? Mmm. Poco le gustaban las charlas al Jaguar.

¿“Vine a ver si no encontró unas frutas que se me perdieron el otro día”? Mmm. El Jaguar lo iba a echar inmediatamente.

¿“Vengo a traerle un regalito”? ¡Eso! ¡Un regalo podía hacer que el Jaguar lo dejara acercar!

Pero el Conejo ya se imaginaba cómo la fiera agarraba el regalo y enseguida le decía que se fuera. Entonces vio qué tenía que hacer: llevarle algo para comer —el Jaguar siempre estaba hambriento—, pero algo que fuera bueno cocinar. Podría ofrecerse para asarlo y de esa manera iba a poder estar un buen rato junto al fuego sin que el Jaguar sospechara, hasta que fuera la oportunidad de salirse con la suya.

Así que, con la ayuda de la Garza, gran pescadora, el Conejo consiguió unos hermosos pescados, los ensartó en una piola y se fue, muy sonriente, a visitar al Jaguar.



De lejos, el otro le pegó el grito:

—¡Fuera de acá!

Pero el Conejo, disimulando el miedo que tenía, gritó por su parte:

—¡Pero, Tío, si le traigo un regalito! —le decía “Tío” en señal de respeto, no porque fuera el sobrino.

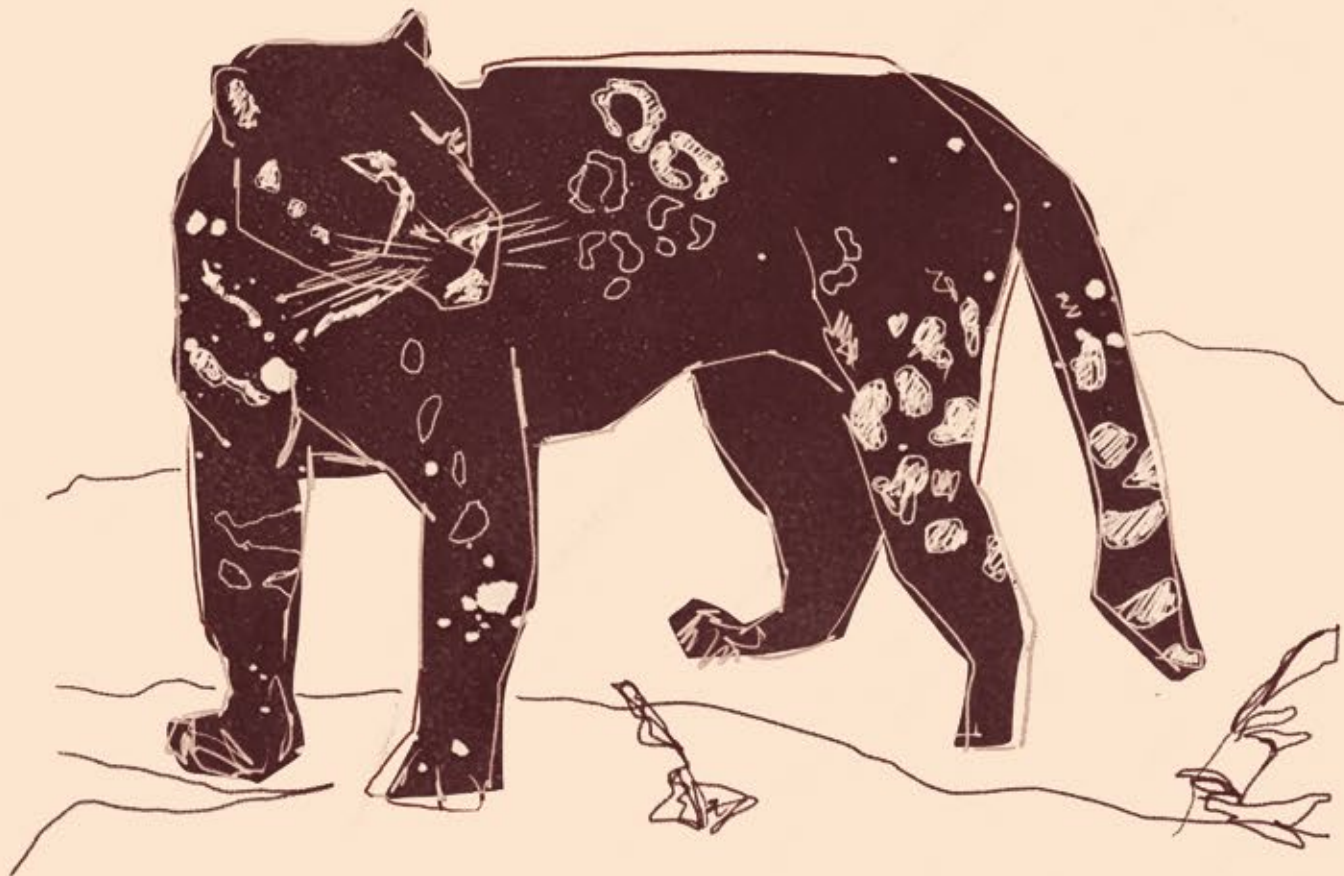
Al Jaguar le interesó el asunto y, aunque ya olfateaba pescado (que le gustaba mucho), preguntó:

—¿Qué es eso?

—Unos pescados muy lindos —contestó el Conejo.

—Está bien, que queden ahí, gracias y hasta luego

—dijo el Jaguar.



—Pero Tío, ¡déjeme que le haga el regalo completo!  
¡Estos pescados, como quedan ricos, es asados! ¡Crudos no valen nada! ¡Y no va a andar cocinando usted! Si no, ¿qué clase de regalo es? Yo se los voy a cocinar, bien asaditos, con gustito ahumado ya va a ver cómo sé preparar el pescado yo.

—Mmmm —dijo el Jaguar—. Está bien.

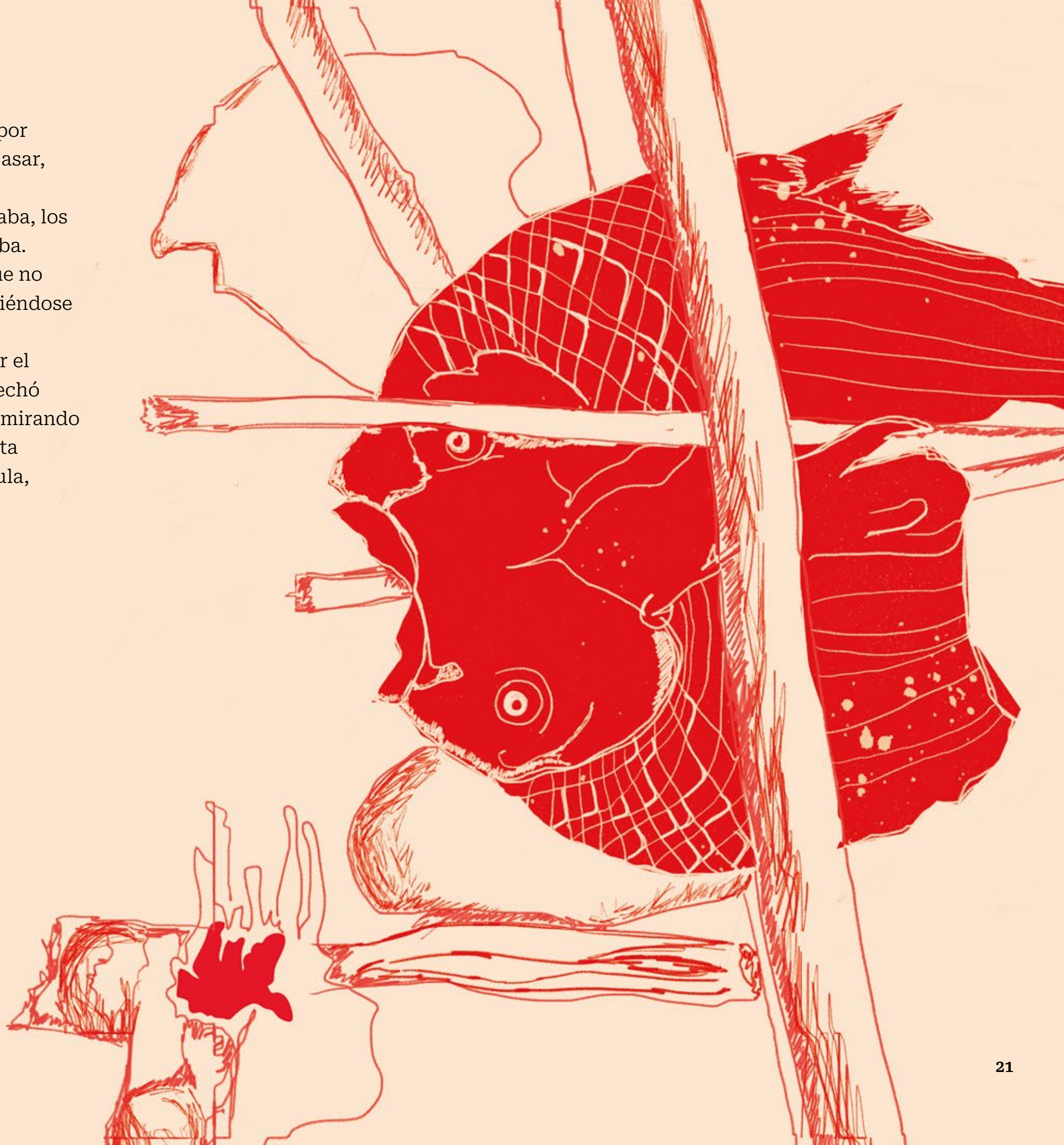




El Conejo sacó los pescados del hilo, los abrió por el lomo —como se usa en el Chaco— y los puso a asar, abiertos, en unas ramas verdes.

A cada momento los daba vuelta y los acomodaba, los tocaba para ver cómo estaban, los olía y los miraba.

Al fin, el Jaguar se aburrió de vigilarlo —aunque no dejaba de desconfiar— y entonces el Conejo, haciéndose el distraído, apoyó sobre las brasas la cola de un pescadito chico, una mojarra. “Ffff”, hizo al tocar el fuego y se le pegó una brasa chiquita. El Conejo echó una mirada al Jaguar —que estaba bostezando y mirando para otro lado—, manoteó la mojarra con la brasita pegada, la dobló, se la puso debajo de la mandíbula, la apretó así contra el pecho y salió corriendo.







De reojo, el Jaguar lo vio y pegó un brinco: ¿qué le pasaba a ese Conejo loco? Enseguida, alarmado, miró su fuego: los pescados seguían asándose tranquilamente. Volvió a mirar al Conejo que corría y vio que de abajo de la mandíbula le salía un poco de humo, porque aunque la brasa iba envuelta en la mojarra, ya se le estaban chamuscando algunos pelos.





Cuando se dio cuenta de la trampa, el Jaguar saltó como un rayo y empezó a correr, rugiendo furioso.

El Conejo se daba vuelta y veía cómo perdía la ventaja que le había sacado de entrada, cómo la fiera estaba cada vez más cerca, más cerca. Entonces, dándose cuenta de que ya lo atrapaba, tiró la brasa entre el pasto.

El pasto estaba reseco porque hacía bastante que no llovía, y por eso enseguida se levantó una llamarada y el viento la hizo crecer y crecer.

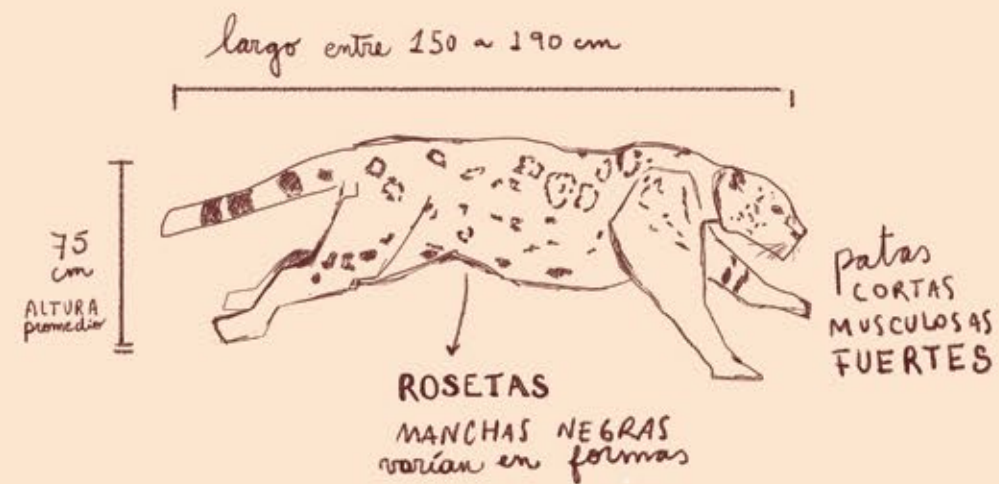
Desesperado, el Jaguar trató de apagar el fuego, soplando y dando manotazos y pisotones por todas partes, pero ya era tarde. Del pasto, las llamas se pasaron a un árbol y después a otro y a otro más.

Los animales corrieron con ramas y se llevaron cada uno un poco de fuego. Desde entonces, todos tuvieron su propio fogón encendido.



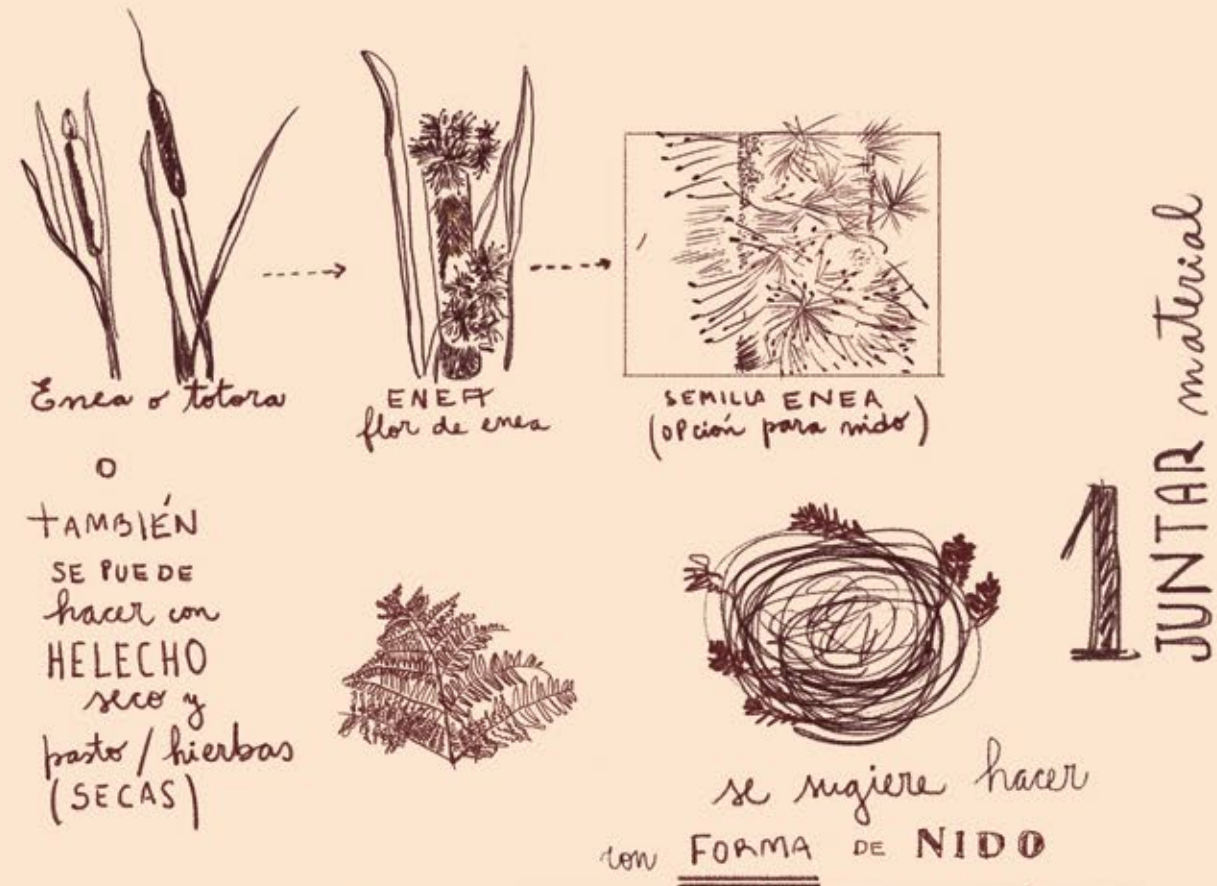


El Jaguar se quedó con mucha rabia, más intratable que antes. Y a partir de ese momento tuvo negras las plantas de las patas, medio quemadas desde que trató de apagar el fuego (algunos también dicen que tiene la piel más manchada desde esta historia).

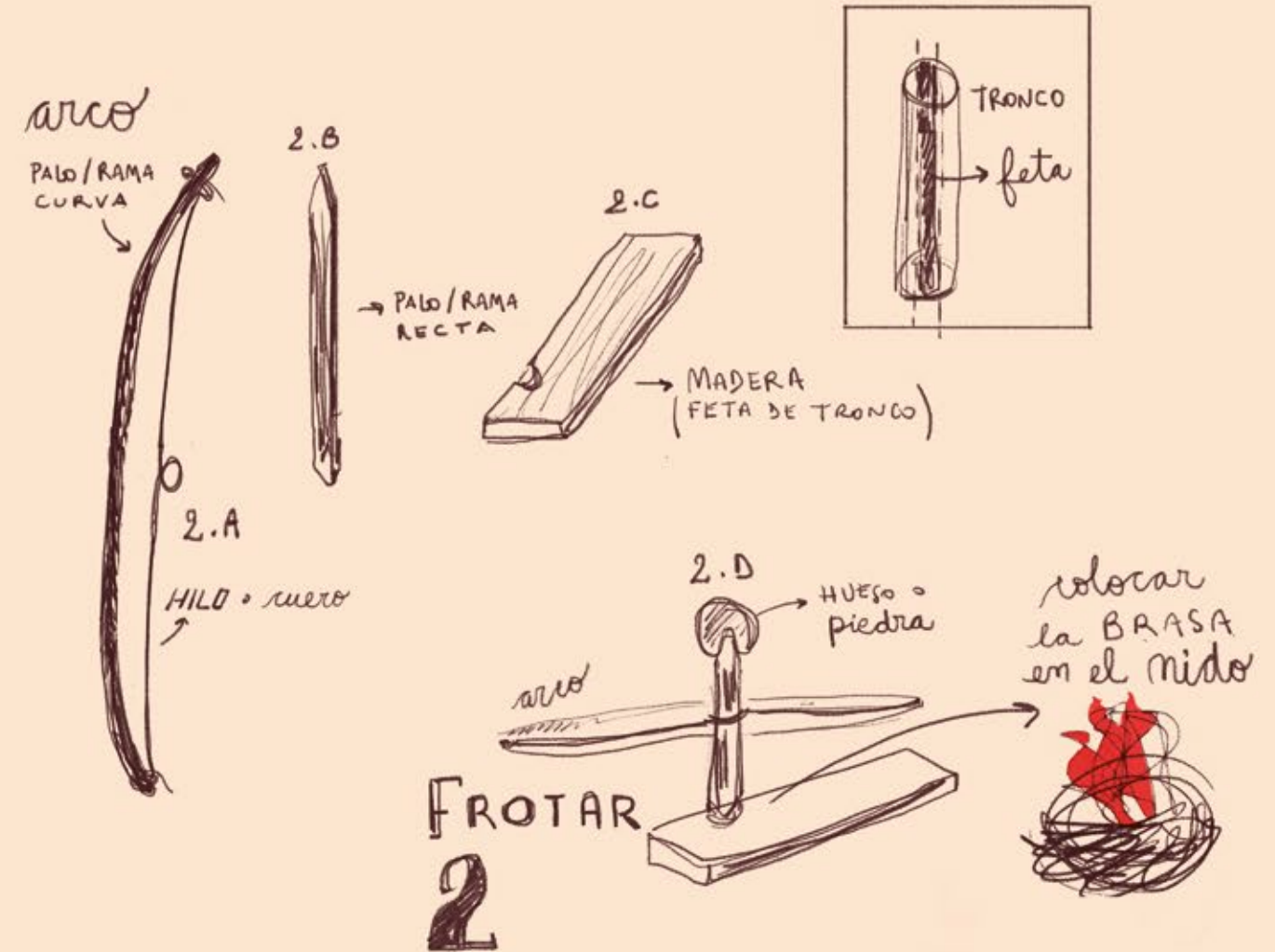




Como recuerdo de su aventura, el Conejo del Chaco tiene una manchita blanca en la garganta, allí donde se quemó la piel con la brasa robada.



Desde entonces, además, el fuego se metió en la madera de los árboles y por eso se puede encenderlo frotando dos palitos.

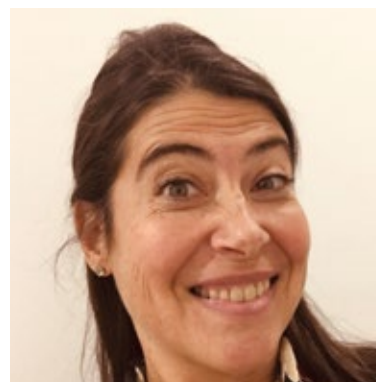






## MIGUEL ÁNGEL PALERMO

Buenos Aires, 1948. Es antropólogo, escritor y editor. Fue docente en la Universidad de Buenos Aires y técnico del Museo Etnográfico. Expulsado en 1976 por la dictadura, inició su carrera editorial en el CEAL y su producción literaria para niñas, niños y jóvenes, vinculada con narrativas tradicionales e historia de los pueblos indígenas. Ha recibido el premio Konex y premios del Fondo Nacional de las Artes, entre otras distinciones. Entre sus obras se encuentran libros de las colecciones “Cuentamérica”, “La otra historia” y “Cuentos y leyendas de mi país”, así como los libros *Superhéroes de nuestro pueblo* y *Cosas de bichos*. En este caso presenta su versión de una leyenda wichí.



## LORENA LEONHARDT

Ciudad de Buenos Aires, 1977. Es diseñadora gráfica, con un posgrado en Teoría del Diseño Comunicacional (UBA), ilustradora, docente universitaria, investigadora y emprendedora. Publicó algunos libros ilustrados y otros teóricos: *El perro y el vagabundo*, *Más vale 100 volando que pájaro en mano*, *Metodologías para la producción de imágenes visuales*, entre otros. Su trabajo fue seleccionado en el CICLA Original Illustration Exhibition of Chen Bonchui International Children’s Literature Award de 2020 y 2021.





tenelo siempre  
a la vista ✓  
-----  
tené agua cerca ✓  
-----  
NUNCA hagas  
fuego debajo  
de los árboles ✓

Hacé fuego  
en los lugares habilitados

hacelo con abundante  
agua ✓  
-----  
remové las cenizas  
para verificar ✓  
-----  
echa agua sobre  
la fogata y alrededores ✓  
-----  
observá la dirección del viento ✓

Para apagar el fuego  
de modo correcto



evacuá el área ✓  
-----  
cubrite boca y nariz ✓  
(para no inhalar humo) ✓  
-----  
observá el fuego ✓  
-----  
acata las indicaciones ✓  
-----  
procurá caminar cerca  
de aguas abiertas ✓  
VIAS DE EVACUACIÓN  
(no vuelvas a un área quemada) ✓

Qué hacer en caso  
de incendio forestal

# INCENDIOS

Recomendaciones para prevenir incendios forestales



## Historias x leer

Para leer con tus docentes.

Para leer a solas o con otras y otros.

Para mirarlos, escucharlos y compartirlos.

Esta segunda serie amplía la colección con otros catorce cuentos escritos e ilustrados por importantes artistas.

A través del código QR vas a encontrar una versión multimedia accesible –con interpretaciones

en Lengua de Señas Argentina y en texto plano–, musicalizada por ensambles del Programa Nacional de Orquestas y Coros Infantiles y Juveniles.

Estos libros son para todas las niñas y todos los niños que están cursando la Primaria en todo el país.

*Leer es tu derecho.*

### **El robo del fuego**

Una leyenda atrapante que te contará, con rugidos y bigotes, robos, persecuciones y fogatas, por qué el jaguar tiene las plantas de sus patas negras, por qué el conejo chaqueño tiene una manchita blanca en la garganta y muchos otros misterios más.



Versión  
multimedia



Ejemplar de distribución gratuita